

¿NUEVA GENERACION DE DRAMATURGIA MEXICANA? JA-JA-JA

E. Ballesté (Filosofía y Letras)

Tratemos de ser sinceros. Desmenucemos precisa y brevemente el problema a que se enfrenta cualquiera que desea realizarse mediante el arte, en un país donde esa actividad es algo así como un ejemplar de zoológico.

Primero ubiquémonos. Esto es México. Por arriba y por abajo. México durante las veinticuatro horas del día. México cada año. El mismo México cada sexenio y cada 15 de septiembre. México representante oficial de la paz en el concierto de las naciones, México vestido de colores y bailando la tradición sobre los diferentes escenarios de las diferentes capitales "hermanas". México derramando sangre y disculpas por cada herida que de norte a sur y de este a oeste su territorio tiene. México de pocos ricos y muchos pobres. México de hambre. México lleno de máscaras y de matanzas. En este instante, México 1970.

Delimitemos ahora el espacio físico y moral que en México ocupamos. Un metro sesenta y siete centímetros hacia arriba, respirando las normales trece veces por minuto para sobrellevar un peso de sesenta y dos kilogramos, a veces más, a veces menos, depende de qué tan abundante tengamos el pelo. Moreno claro según el pasaporte, según las vacaciones el claro tirando a moreno, según los encierros espirituales el moreno tirando a claro. Con casi 24 años oficiales de vida, lo que significa joven y por ende, de acuerdo al criterio imperante, sin moral. Agreguemos, actuando bajo la consigna del principio, que sin ninguna intención de poseerla, puesto que significa hacer una concesión a mis contemporáneos terrícolas, a los que siempre, con gusto, les cantaré aquello de: "Te odio y te quiero." Con una, digamos afición casi definida a escribir, y concretizando, escribir para un género pálido, pequeñito, escuálido, un género que si no se cuida se volverá tísico y tras tres o cuatro esputos, perdón, espectoraciones de sangre, será enterrado con las reconfortaciones espirituales de rigor. Un género que en sus buenos tiempos se llamaba teatro.

¿Por qué? ¿Quién me dijo que lo hiciera? ¿Cuándo descubrí el sendero luminoso de mi vida? ¿En qué instante las alevosas y osadas musas me tocaron? Evitando caer en la biografía aceptemos que el teatro me nació en una tarde lluviosa y melancólica en la cual no tenía nada que hacer y a mi memoria vinieron lecturas hechas en otras ocasiones. *Calígula* de Camus, *Cristóbal Colón* de Ghelderode, *Guillermo Tell tiene los ojos tristes* de Sastre, *El enemigo del pueblo* de Ibsen, *Las mujeres también perdieron la guerra*, de Curzio Malaparte y alguna más a las que agregaremos para que algunos no se enojen y otros se enojen a rabiar, *El gesticulador* de Usigli.

Mas ahora, reflexionando, aunque quisiera no podría recurrir a la biografía para justificar mi afición por escribir teatro, simple y sencillamente porque biografía quiere decir bisabuelos, abuelo, tíos, tías, escuela, tradición, generaciones, momento histórico, ámbito cultural, y bien puedo decir aquí, a pesar de que suene fuerte, que mi vocación, por más indagaciones que se han efectuado, no tiene padre ni madre, quizás parientes lejanos de los cuales ya he hecho referencia. Al teatro lo enfrento líricamente. Sin obedecer rutas marcadas por ancestros ideológicos o formales. Individualmente, significó una generación

espontánea sin nexos de nacionalidad y de edad, vacío de herencia, lleno de retratos que no me producen sentimientos familiares; y con un afán aún impreciso pero que esencialmente es construirme sobre un terreno inexistente, abriendo, al mismo tiempo, ventanas para comunicarme con los que se encuentran en idéntica situación e idéntico desamparo. Mi teatro, si es algo, es poesía, ya que como ella responde no tanto a un oficio como a un arranque intempestivo de amor, de furia, de impotencia, de rabia y desesperación.

Bien, hemos enumerado las circunstancias. Por un lado un país subdesarrollado en todos los campos y con un defecto terrible: aparentar lo que no es. Por otro lado un joven de 24 años, amoral, que para justificar el don de la vida ha escogido una rama del arte, rama que fue recibida por milagro, sin explicaciones, y ha gastado varios años recibiendo conocimientos, leyes, teorías que en lugar de clarificarla lo único que han hecho es embarullarla más en su de por sí embarullada mente.

Mezclemos las circunstancias y originemos el problema.

Un gran tanto por ciento del sentido de la obra teatral en su representación. El medio (México) no garantiza que concluida la pieza vaya a encontrar el lugar adecuado para su estreno. Al contrario, el medio, debido a su escasa promoción cultural, lo único que garantiza son antesalas, homenajes adulatorios si es que se pretende ser escuchado, capacitaciones, reconocimiento de que los maestros son los maestros, actos de contrición, etcétera, etcétera. Es lo común, lo normal, el pan de cada día; es lo institucionalizado. Tanto que a una secretaría de esas que existen por ahí se le ha ocurrido la brillante idea de crear el Día Nacional de la Frustración.

Continuemos: Para escribir es necesario tener libertad, libertad de plasmar en el papel lo que se crea y piense, haciendo, claro, una ligera concesión, que lo que se crea y piense no sea contrario a lo establecido por el gobierno, a sus intereses, a las buenas y santas costumbres. Corriendo el peligro al no hacerlo, de permanecer desconocido, clausurado, posiblemente medio oído.

Si se han logrado, genial e inteligentemente, salvar estos dos obstáculos, sala y censura, enfrentamos el de comunicación. Muy poca gente va al teatro en México. Se criticaba al teatro por las coristas, ahora se critica por los hippies mariguanos, desde el autor hasta la tramoya; la fama, fama creada por los órganos de información, es nefasta, y no obstante vivir en el siglo XX y de soltar la consabida cantaleta del avance cultural, en la Ciudad de los Palacios los artistas siguen siendo hijos del diablo, redundando esta fama en que el público desconfíe y le cueste trabajo asistir normalmente al local de la representación, dando por resultado que lo que debía ser una profesión como tantas otras deba limitarse a un *hobby*, y así no correr riesgos de minar la salud física y moral; salvado este último obstáculo, el éxito del espectáculo, por mucho que se haya ensayado, depende, asombrosamente, de la suerte. Estos tres puntos son obvios. Pasemos al menos visible pero el más fuerte, el de la creación: El teatro es experimentación. Bueno, perdonen lo drástico, el teatro debe ser experimentación, continua búsqueda, renovación diaria. Para ello es necesario tiempo y medios; por otro lado existen los requerimientos sociales, económicos e ideológicos de la comunidad, requerimientos que no permiten la experimentación que el teatro exige para su supervivencia.

El teatro, cualquier rama del arte en México, necesita, y aún no descubre, su penicilina: los encargados de dársela no lo hacen, pues como seres de condición privilegiada, se encuentran dando los pasos necesarios para descubrir la medicina que cure el catarro. En México no concuerdan las necesidades con los satisfactores, no existe un teatro de vanguardia popular; artistas y pueblo se encuentran escandalosamente separados. Un autor tiene dos perspectivas, resolver el problema del catarro olvidándose de la penicilina o resolver el problema de la penicilina olvidándose del catarro. Lo primero significa seguir funcionando para una minoría de intelectuales y lo segundo volverse escritor de limitaciones impuestas por el medio corriendo el riesgo de volverse escritor de panfleto, y panfleto no debe tomarse solamente a un nivel político. Por un lado está su realización individual de artista por otro el desempeño social impuesto por su indispensable público. Los que escogen la primera opción, deberán conformarse con su minoría, aparentar ser seres demoníacos para la mayoría, y en el mejor de los casos someterse a una salvadora

extradición voluntaria. Los que escogen el desengaño social, a pesar de la entereza y buena voluntad que muestren, no soportarán las tentaciones y terminarán siendo ensalzadores incondicionales del medio, aduladores oficiales del subdesarrollo.

La solución ideal sería encontrar lo más rápidamente posible la penicilina y luego en una desenfrenada carrera, alcanzar a los que sufren todavía con lo del catarro. Encontrar rápidamente la penicilina significa, primero: modificar las estructuras políticas y económicas del país igualando las condiciones de vida para todos los habitantes. Satisfacer las necesidades primarias: comida, vestido, casa, dejando atrás el subdesarrollo y de rebote acabar con la falta de salas, la sobra de censura, la carencia castrante de comunicación y, por fin, llegar a experimentar contacto con tiempo y medios. En una palabra, revolucionando todo. Pero por más que se niegue, revolucionando es violentando, revolucionar es violentar, revolución es violencia, de lo que podemos concluir, al escritor, bueno, no se enojen, a mí me quedan tres caminos para poder colgar en mi casa el título de joven dramaturgo mexicano.

Primero: aceptar la minoría, inscribirme en una maffia cultural,x y pertenecer a la generación de jóvenes dramaturgos mexicanos maffiosos.

Segundo: aceptar el subdesarrollo y, perjurando que lo que hago no envilecerá mi obra y corromperá mi espíritu, inscribirme a la joven generación de dramaturgos mexicanos burócratas.

Y tercero: solucionar rápidamente lo de la penicilina para ir en pos del catarro. Modificar con métodos que no sean lentos, pues se me queman las habas, el subdesarrollo y utilizando la violencia pertenecer orgullosamente, antes que a la joven generación de dramaturgos mexicanos, a la joven generación de guerrilleros mexicanos.

Imagínense. . .

Enrique Ballesté.

